

LA OFERTA Y LA DEMANDA DE CAUDILLOS

Por

Jorge A. Sanguinety

Como he señalado en diversas ocasiones, el análisis económico tradicional puede ser aplicado a situaciones que caen en el terreno de estudio de otras disciplinas. Un tema que se presta para este tipo de análisis y que ha sido tratado innumerables veces en artículos periodísticos y otros medios es el del llamado caudillismo que, a pesar de no estar muy bien definido, intuitivamente lo identificamos con las tendencias de las sociedades latinoamericanas (y otras) de ser gobernadas por un dictador que ostenta el poder de manera unipersonal o muy centralizada y que representa la figura del caudillo. Con frecuencia, los ponentes presentan al caudillismo como un mal, con lo cual yo estoy de acuerdo, pero implican que la causa del caudillismo es el caudillo mismo y excluyen del análisis las condiciones que imperan en las sociedades que propician el surgimiento de este fenómeno.

Yo creo que el caudillismo puede llegar a comprenderse mejor y quizás a ser evitado eficazmente si lo enfocamos como resultando de la interacción de dos grandes fuerzas, que podemos denominar con fines analíticos la oferta y la demanda de caudillos. De hecho, el análisis tradicional de los caudillos está enfocado en la oferta como si fuera el único factor determinante del problema. Tal enfoque no invalida necesariamente el análisis que se hace, pero resulta incompleto si no incluye el lado de la demanda, o sea los factores que les permiten a ciertos individuos alcanzar el poder político en sus países (o simplemente en ciertas organizaciones). Yo creo que toda sociedad está plagada de caudillos de toda clase, del mismo modo que un organismo vivo es el habitat de toda una serie de bacterias. Es la sociedad o un segmento de la misma la que puede filtrar, neutralizar o dar cabida a los aspirantes a caudillo.

Cuando en una sociedad dada abundan los ciudadanos que no tienen confianza en su capacidad colectiva para organizarse políticamente o simplemente tienen una capacidad limitada para llegar a acuerdos, tiende a predominar la noción de que la única manera de que haya un gobierno estable es por medio de “una mano fuerte”. La creencia, que es frecuente en nuestras sociedades y es sostenida por un elevado número de personas, es posiblemente el factor determinante más fuerte en lo que yo llamo “la demanda de caudillismo”. Nótese que en el análisis tradicional y simple de oferta y demanda el precio de una mercancía sube cuando la demanda aumenta en presencia de una oferta dada. En este caso, una demanda elevada de caudillismo significa que la sociedad (o por lo menos una masa crítica de la misma) está preparada a pagar un alto precio por un caudillo, lo cual obviamente estimula a los muchos candidatos disponibles y en estado permanente de alerta. Por supuesto, el precio final no es sólo en dinero, sino también en poder, prestigio, influencia y otras oportunidades de engrandecimiento personal.

El surgimiento del caudillo parece un proceso caótico pero en realidad no lo es. Aunque el proceso es definitivamente probabilístico, en la práctica está influenciado por muchas

fuerzas que lo sesgan en ciertas direcciones, pero son fuerzas que no se identifican fácilmente y no nos permiten hacer predicciones precisas. Pero hay una predicción que sí podemos hacer: cuando en una sociedad hay una alta proporción de personas que no creen en la posibilidad que la sociedad a la que pertenecen pueda gobernarse democráticamente, se genera una especie de caldo de cultivo en el que pululan los caudillos potenciales hasta que uno llega a predominar.

Yo creo que estas consideraciones pueden ayudar a explicar el surgimiento de muchos si no todos los caudillos latinoamericanos, como resultado del juego de equilibrio entre las fuerzas de la oferta y de la demanda. También creo que una comprensión cabal de estos fenómenos por parte de los ciudadanos de cualquier sociedad y de sus figuras más destacadas e influyentes puede ayudar a prevenir el advenimiento de los caudillos. Tanto Chávez en Venezuela como Morales en Bolivia, siguiendo a Fidel Castro y a Fulgencio Batista en Cuba y a muchos otros en muchos países son productos de unas sociedades donde un alto número de sus habitantes perdieron la confianza en las elites y en sus líderes y optaron por el camino fácil, engañoso y traicionero de apoyar a un “hombre fuerte”.

Y este es el gran peligro que corre Cuba en el post-castrismo. En todos estos años de tiranía, los cubanos no han podido organizarse masivamente para tener alguna participación en los procesos de gobierno del país. Su falta de oportunidades para gobernar los lleva a su falta de preparación y de ahí a una falta de confianza en el futuro. Esto cierra un círculo vicioso que promete una sucesión en la tiranía más que una transición a la democracia. Tal parece que en las condiciones actuales Cuba tendrá que depender, por desgracia, de un nuevo caudillo. Por lo tanto, no hay un desafío mayor para los cubanos exilados que desean la democracia en Cuba, que poder llevar el mensaje y convencer a suficientes compatriotas que la democracia es factible en Cuba pero que hay que prepararse para ella. Limitarnos solamente a señalar los males y abusos del castrismo no va a traer automáticamente la democracia a Cuba.

Londres, 9 de junio de 2006